

Arte mueble en el culto del mesolítico palestino (o Juan Natufiense y los ojos de la gacela)

María Teresa Rubiato
Universidad Complutense

«Mira cómo todas las criaturas del Señor toman
prestado la una de la otra» (*Exodo Rabbah*, 31,15)

RESUMEN: El arte mobiliario natufiense expresa la integración del hombre del mesolítico palestino con su entorno vegetal y animal. La cultura natufiense, rica y creativa, tiene una vertiente religiosa que no se limita al culto funerario sino que parece incluir una serie de ritos en los que objetos y animales tienen un simbolismo directo, en razón de su importancia en la vida del hombre.

SOMMAIRE: L'art mobilier natoufien exprime l'intégration de l'homme du mésolithique palestinien avec son entourage végétal et animal. La culture natoufienne, par ailleurs riche et créative, offre un aspect religieux qui ne se limite pas au culte funéraire mais qui semble inclure une série de rituels où les objets et les animaux ont un symbolisme direct, en raison de leur importance à la vie de l'homme.

En el largo camino que el ser humano hubo de recorrer desde su aparición sobre la Tierra hasta alcanzar los llamados «estadios avanzados de civilización», el paso de su condición de cazador y recolector a la de productor de alimentos es sin duda uno de los hitos más fecundos y trascendentales. Pero esa transición, como todas las transiciones que nos vengán a la mente, fue gradual y compleja. Y no fue rápida, simultánea ni uniforme para todos los grupos humanos en todos los lugares de la Tierra. El paso decisivo a la producción de alimentos significa algo tan importante para el desarrollo humano como la posibilidad de detener la carrera tras la fuente de subsistencia y sedentarizarse, con todo lo que el término implica. Antes de esa quimerizada sedentarización, hasta hace poco considerada posible únicamente con el dominio del entorno como productor del alimento básico, el hombre habría de pasar una creativa etapa de observación de ese entorno con cuyos elementos animales y vegetales coexistiría a título de prestatario, pasando de cazador-recolector errante a cazador-recolector *selectivo*.

Claro está que sólo se puede *seleccionar* donde *hay*. Por ello el cazador-recolector selectivo se «quedó» allí donde aprendió a observar que había posibilidades de sustento, el cual podía además recoger con los útiles que había aprendido a fabricar en una larguísima progresión técnica de cientos de miles de años.

Es la etapa cultural que la terminología arqueológica llama «mesolítico», que sigue al largo paleolítico y precede al trascendental neolítico. Y que se da por vez primera en la historia de la humanidad, con precoz adelanto y con características diferenciales, en el Próximo Oriente, del 10.500 al 8.500 a.C. aproximadamente. En

el estado actual de los conocimientos, puede señalarse más exactamente como cuna del hombre cazador-recolector selectivo las regiones del Sur del Mediterráneo oriental, esto es, el territorio ocupado por los actuales Israel-Palestina. El proceso arranca del final del Paleolítico Superior y algunos de sus rasgos están ya presentes en culturas como la kebariense, hacia el 14.000 a.C.

A finales de los años veinte del presente siglo fue identificada una «nueva» cultura mesolítica en las colinas occidentales de Judea, en la cueva de Wadi el-Natuf. En la línea de las denominaciones europeas de las culturas prehistóricas (a partir del primer yacimiento en que aparecen), esa cultura tomó en adelante el nombre de «natufiense». Poco después fueron excavados restos similares en las cuevas de HaNahal (el-Wad) ¹ y Kebara en la cadena montañosa del Carmelo². En los años treinta se investigaron más yacimientos natufienses en el desierto de Judea (Ein Sakhri, Umm ez-Zuweitina) y en otros puntos de la zona. Desde entonces, los yacimientos de Eynan (Mallahah) en el valle del Jordán cerca del hoy desecado lago Hulah, Nahal Oren en el Monte Carmelo, la cueva de Hayonim en la Galilea occidental y Rosh Zin y Rosh Horsha en el Negev, por no citar más que unos pocos. Las fases natufienses más antiguas (en torno al 11.000-10.500 a.C.) corresponden a estos yacimientos y a los vecinos de Transjordania, Líbano y Siria, pero poco después aparecen culturas similares en todo el Creciente Fértil, desde Shanidar en Iraq hasta Helwan en Egipto y desde Beldibi en Anatolia hasta la cuenca del Tigris.

La cultura natufiense es joven en cuanto a su conocimiento e incorporación a campos de investigación tales como la prehistoria, la historia del arte o la historia de las religiones. Poco más de cincuenta años han pasado desde que sus rasgos generales y dataciones fueran aceptadas por la comunidad académica internacional, no sin dificultades y reservas al principio. En nuestros días el conocimiento de esta etapa cultural está bien afirmado por el aumento en cantidad y calidad de las investigaciones arqueológicas, que incluyen amplios estudios medioambientales, y enriquecido por las aportaciones de ciencias que ayudan decisivamente a la comprensión del mundo prehistórico, como las técnicas de datación, la antropología prehistórica, la paleobotánica, la paleozoología y tantas otras.

Es ésta una de las más ricas e innovadoras culturas de la historia del Próximo Oriente, y no es exagerado afirmar que sus logros constituyen el umbral de la convencionalmente denominada «revolución neolítica» y, por tanto, de la moderna civilización. Pronto algunos autores supieron ponderar la importancia del natufiense y no dudaron en incluirlo en obras de gran difusión. Un ejemplo elocuente es este párrafo que A.G. Barrois incluía ya en 1935 en sus *Précis d'Archéologie Biblique* de la «Bibliothèque Catholique des Sciences Religieuses», y que reproduzco por la rareza actual de la publicación: «À la période mésolitique, d'industriels négroïdes habitent les cavernes et déploient sous un ciel plus élément une activité multiforme; leurs instruments de silex et d'os son remarquables par leur spécialisation, leur

¹ Entre paréntesis el nombre de los yacimientos en árabe.

² Donde aún continúan las investigaciones.

petitesse et leur fini; l'arsenal du chasseur s'est enrichi de flèches et de harpons avec lesquels il pêche dans les ouadis aujourd'hui dessechés, mais qui roulaient alors des eaux poissonneuses. Entre temps l'homme a appris à cultiver le blé sauvage qu'il moissonne à l'aide de faucilles en os armées de silcx»³. Al mismo tiempo Barrois advertía de la «información discontinua» acerca de estos periodos y de la falta de «cronología cifrada»; el carbono 14 y otros métodos de análisis y datación no habrían de llegar hasta la década de los cincuenta.

El adelanto temporal y la cuna geográfica de las culturas mesolíticas suelen plantear a quien se acerca a ellas por vez primera algunos interrogantes de partida: ¿Por qué aparecen en el Próximo Oriente, más concretamente en la zona que luego se llamará Canaán, y por qué antes que en otras partes del mundo? A riesgo de abonar los campos del determinismo geográfico y climático, lo cierto es que en la zona sur del Mediterráneo oriental -y poco después en el resto del Creciente Fértil- las fluctuaciones climáticas que marcan el final de la era glacial en Europa ofrecieron un medio idóneo para el nacimiento y desarrollo de una cultura como la natufiense. En esta parte de la tierra a los periodos glaciares se correspondieron periodos pluviales más o menos coincidentes en el tiempo, y ese clima más benigno propició un adelanto sostenido de la progresión cultural humana que se manifiesta ya desde el Paleolítico Medio. El «cielo más clemente» que evocaba A.G. Barrois se dio ciertamente allí y entonces, hacia el decimocuarto milenio antes de nuestra era, mientras Europa seguía escasamente poblada por cazadores paleolíticos. Y también es precisamente el Próximo Oriente la zona de la Tierra donde se dan de forma espontánea gramíneas como la cebada y el trigo, éste en sus primitivas variedades de «esprilla» y «espana». El mapa botánico de la dispersión de estas plantas coincide prácticamente con el mapa de la que Gordon Childe llamara «Media Luna Fértil»⁴.

No fue el hombre mesolítico el primero que descubrió las propiedades nutritivas de estas gramíneas y las posibilidades de elaboración de alimentos a partir de sus granos. Antepasados suyos del Paleolítico Superior, sobre todo los kebarienses, ya usaron los primeros morteros de grano conocidos. Junto con esa valiosa herencia, el natufiense recibe el máximo grado de habilidad en cuanto a la industria lítica, que le permite desarrollar utensilios y estructuras dirigidos a la siega y otras tareas de la cosecha, a la molienda y almacenamiento del grano, a la elaboración de la harina y la masa... El utillaje lítico natufiense es rico y variado, y consiste fundamentalmente en instrumentos complejos formados por minúsculas piezas o microlitos, que el hombre natufiense empleaba de muy diversas e ingeniosas maneras. Pero, sobre todo, en hoces: las primeras hoces de la humanidad.

Estas hoces constituyeron uno de los motivos de controversia cuando se dió a conocer la cultura natufiense. No faltaron reticencias en cuanto a la funcionalidad de aquellos instrumentos: ¿Servían realmente para segar? Tampoco faltaron los experimentos demostrativos de su eficacia. Quizás no era fácil segar con esas hoces los cereales contemporáneos, evolucionados y endurecidos; pero las

³ A.G.Barrois, *Précis d'Archéologie Biblique*, París, 1935, pp. 11 y 198.

⁴ Véase este mapa en J.González Echegaray, *El Creciente Fértil y la Biblia*, Estella (Navarra), 1991, p. 49.

pruebas efectuadas en la escasa cebada silvestre que, como un fósil botánico, ha llegado hasta nuestros días dejaron bien claro que hombres sanos y ejercitados podían segar el cereal con las hoces natufienses.

Pero «no sólo de pan vive el hombre». La frase es aplicable en su sentido literal y dietético a los natufienses. La perfección alcanzada en los instrumentos de sílex le permite disponer de puntas de flecha y de azagaya cuya belleza y, lo que era más importante, cuya eficacia no fueron ya superadas. Con ellas cazaba rumiantes, sobre todo gacelas, que complementan su alimentación.

De sus capturas aprovechaban los natufienses prácticamente todo, y tuvieron una especial habilidad en la talla del hueso. Las hoces, tan importantes para el hombre del mesolítico, estaban frecuentemente hechas con los huesos largos de los rumiantes que cazaban. También de hueso y asta se fabricaban harpones y anzuelos, los primeros conocidos en el utillaje humano, con los que pescaban en abundancia en las mismas aguas cuya humedad permitía crecer al cereal silvestre y a las que acudían a beber las gacelas que, de paso, ramoneaban las gramíneas. Los rumiantes le proporcionaban también vestido: una vez más la larga sabiduría del natufiense en el arte lítico se manifiesta en exquisitos buriles y raederas para el trabajo de las pieles.

Muchas otras primicias pueden anotarse en el haber cultural de los natufienses, algunas en exclusiva y otras como resultado final de largos procesos iniciados por el hombre del paleolítico. Los natufienses fueron los primeros en establecer asentamientos permanentes, desmontando así la teoría de la producción de alimentos -a través de la agricultura y la domesticación de animales- como requisito indispensable de la sedentarización. Aunque muchos de esos asentamientos estaban permanentemente habitados, no hay evidencia de que las plantas fueran cultivadas ni de que los animales estuvieran domesticados; es también discutible la excepción que algunos autores pretenden respecto de la domesticación del perro. Simplemente, los natufienses escogieron asentarse en lugares hospitalarios en cuanto a suministro de agua y vegetación.

En algunos de esos poblados la población pasaba de los cien habitantes, por lo que las divididas opiniones entre igualitarismo o jerarquización de la sociedad natufiense deberían prudentemente sustituirse por la aceptación de alguna forma de organización, lógica e imprescindible. Los poblados permanentes contemplan también otra primicia: aunque la construcción propiamente dicha había sido descubierta ya en el paleolítico, la más antigua utilización del adobe conocida está atestiguada en el yacimiento de Beidha ⁵.

El primer uso extensivo de la joyería aparece también por vez primera en la cultura natufiense. La variedad de materias primas empleadas, el diseño de las piezas y el lugar de los adornos en el cuerpo confieren a esta joyería natufiense un carácter único y distintivo. Las «joyas» están hechas de caninos de animales predadores (zorros y hienas sobre todo), huesos, distintas variedades de conchas, piedras coloreadas y huevos de avestruz. Es la cultura natufiense la primera en crear joyería cuyas piezas no están predeterminadas por la forma del material. Algunos

⁵ M. Chevalier, "Les débuts de l'architecture domestique en Palestine", *Eretz Israel* 13 (1977) p. 253.

colgantes de collar toman la forma de pequeñas cabezas de palos de golf, óvalos que recuerdan gotas, y otros exclusivos diseños, obtenidos con un delicado trabajo de pulido, tallado y perforado del hueso. La tradición de usar algunos materiales debió ser tan fuerte como para hacer que fueran traídos desde lugares alejados, como el Mar Rojo o la costa Mediterránea. El arreglo original de los ornamentos sobre el cuerpo está documentado en los enterramientos: en la cabeza, en forma de coronas, conchas *dentalia*; collares en el cuello, pulseras en muñecas y tobillos. En toda sociedad, aun en las actuales, las joyas no solamente se usan como simple adorno sino también como amuleto o como signo de posición social. Pero no sabremos nunca con seguridad el particular significado que en la cultura natufiense tenían los muchos dientes de hienas y zorros utilizados en la joyería, ni de los exclusivos diseños de colgantes de hueso ⁶.

Atendidas sin agobios las necesidades básicas, los natufienses pudieron sin duda dedicar parte de sus potencialidades a una rica vida espiritual, cuya vertiente religiosa no fue nunca discutida. Desde el primer momento se aceptó la existencia de un culto natufiense. Otra cosa es conocer con mayor aproximación los principios de la religión a la que ese culto sirve, lo que por otra parte ocurre con todas las religiones prehistóricas y protohistóricas, cuyo imposible enunciado se mueve indefectiblemente en el movedizo terreno de la interpretación. En todo caso, puede hablarse de «culto» en cuanto el hombre considera sus propios restos como algo distinto de simple materia orgánica en descomposición y construye enterramientos no naturales. La inescrutable realidad de la muerte hubo de estimular, ya desde el Paleolítico Inferior, alguna forma de reflexión sobre la continuidad de la vida no física del individuo ⁷. En el Próximo Oriente, los enterramientos «no naturales» y otras prácticas funerarias, como el uso del ocre para el maquillaje de los cadáveres, se remontan al Paleolítico Medio (100.000-40.000 a.C.). El culto a los muertos es, por tanto, una antigua tradición cultural entre los natufienses, quienes además entierran a los suyos en los propios poblados, afirmando simbólicamente su voluntad de permanencia. En varios casos los enterramientos son a todas luces secundarios, y no es aventurado pensar que se trate de una especie de repatriación de los muertos en campamentos estacionales, en partidas de caza o en expediciones en busca de las materias primas para sus útiles y joyas.

La actividad cültica natufiense asoma en otros restos materiales aún no bien perfilados en cuanto a su significado, y que pudieran constituir los primeros santuarios. Algunas edificaciones de destinación incierta, como en Jericó, en Eynan y en Rosh Zin, piedras hincadas verticalmente como en la cueva de Rakefet y otros indicios, como la acumulación de cuernos de gacela en yacimientos del Carmelo,

⁶ Un tratamiento más amplio del tema en T.Noy - B.Brimer, "Adornment of Early Natufian Burials", *Israel Museum News* 16 (1980) pp. 55-64.

⁷ Es éste un tema inagotable, como lo es el de la aplicabilidad de los conceptos de arte, magia, religión, etc. a las culturas prehistóricas. En este sentido son muy útiles y sugerentes las consideraciones del catedrático de Historia del Arte de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid Joan Sureda, "Las primeras civilizaciones: Prehistoria, Egipto, Próximo Oriente", *Historia Universal del Arte*, vol. I, Barcelona, 1985, pp. 24-38.

parecen hablar de un culto distinto al estrictamente funerario. Es prematuro hablar de un culto de la fertilidad, como algunos pretenden, aunque sin duda la fertilidad de la tierra, de los animales y de los hombres era el eje de la existencia para el hombre natufiense. Tal vez los futuros descubrimientos y su correcto análisis iluminen estas y otras facetas aún no bien comprendidas de esta rica cultura.

El arte, en el sentido estricto de «obra bien hecha», es algo innato entre los hábiles natufienses, dentro de la más estricta «estética de la funcionalidad» de que hablara Leroy-Durham. Sus instrumentos, de sílex o de hueso, son bellos -desde cualquier punto de vista- por estar primorosamente realizados, y por las mismas razones son eficaces. Pero el arte puro, sin funcionalidad aparente, existe también, y en alto grado, en la cultura natufiense. Pudiera parecer que ese arte está al servicio exclusivo de la religión, como en el caso de las prácticas funerarias que incluyen los sofisticados adornos de los cadáveres. Pero la tendencia a la ornamentación es también evidente en los instrumentos de la vida cotidiana: diseños geométricos de puntos, triángulos, meandros y rayas incisos en morteros, recipientes de caliza, peñes e incluso anzuelos no añaden un ápice de funcionalidad al objeto, y tal vez no haya que buscarles más significado que el propio gusto del natufiense.

Pero es en el arte mueble donde los talentos del hombre natufiense encuentran su máxima posibilidad de expresión. No fue el primer artista plástico de la humanidad ni de esta parte del mundo. La plasmación de imágenes fue probablemente descubierta por sus antepasados del paleolítico superior, aunque hasta el momento sólo nos ha llegado un esquemático y torpe grabado de un caballo sobre una placa de piedra caliza; nada comparable al arte rupestre de los cazadores paleolíticos europeos. Los natufienses fueron indiscutiblemente innovadores y aun geniales en su arte plástico: representaciones animales y humanas desconocidas previamente en esta zona de la tierra aparecen con esta cultura mesolítica en conexión evidente con la vida espiritual y cültica de los natufienses. A través de algunas de sus obras maestras en el arte mueble podremos intentar conocer mejor a los principales protagonistas de la cultura natufiense: el hombre y la gacela, interdependientes y unidos por la naturaleza.

Al hombre le llamaremos Juan Natufiense. Ya sabemos algunas cosas de él: Juan y su familia comen cereales, carne, pescado y de postre frutos silvestres. Tienen agua bastante, vestido y calzado. Todo ello en un mismo sitio, que comparten con otras familias, permanente o estacionalmente. Cuando necesita guarecerse, siempre están las cuevas y abrigos naturales. Y si no las hay, construye chozas. Sólo tiene que producir los instrumentos para cosechar, cazar, pescar, coser y cocinar: la materia prima corre a cargo de la naturaleza. Una naturaleza estable en su generosidad, porque Juan Natufiense mantiene una saludable relación y un trato especial con las manadas de hervíboros, de los que abate selectivamente aquéllos que por su sexo y edad no perjudican el desarrollo natural del conjunto. Ni él ni los hervíboros son por otra parte lo bastante numerosos para esquilmar el mundo vegetal del que ambos comen y cuyos productos Juan almacena en las cantidades suficientes para esperar la siguiente cosecha espontánea. Para proteger sus reservas de las humedades y de los roedores fabrica los primeros silos conocidos. Juan es hábil fabricando puntas de flecha y otros instrumentos, que intercambia quizás con la familia vecina, más ducha en la pesca y en la fabricación de sus artes a partir del

hueso que Juan les facilita. Juan N. tiene grandes dotes de observación, una rica vida espiritual, rinde culto a sus muertos, y profesa algún tipo de creencias.

Este cuadro idílico surge de la más estricta interpretación de datos fiables y contrastados que la investigación científica ha proporcionado a lo largo de los últimos años. Pero hay que puntualizar algunas cosas para que el cuadro no resulte falso: en primer lugar, que este estadio cultural no fue general ni siquiera en los alrededores de su cuna geográfica. Al mismo tiempo y en el mismo escenario en que los natufienses sentaban las bases para que sus descendientes pudieran hacer la revolución neolítica, otros grupos humanos arrastraban una tradición paleolítica decadente hasta fechas muy tardías. En segundo lugar, el hombre natufiense no deja de tener enemigos que frenan el crecimiento de la población y que le impiden alcanzar una esperanza de larga vida: mortalidad infantil, enfermedades, fieras, serpientes... quizás incluso otros hombres.

Volviendo a Juan Natufiense, cada vez está mejor trazado su retrato-robot a través del caudal de información que se va enriqueciendo. Ya hemos visto cómo A.G. Barrois consideraba «negroide» al natufiense sin que sepamos en qué se basaba. Pero en 1962 W.F. Albright, quien ya contaba con los valiosos datos de las excavaciones que Jean Perrot había comenzado en 1956 en Eynan, nos transmite la siguiente imagen: «Los natufienses eran mediterráneos primitivos típicos, de delicada estructura ósea, cabeza alargada y facciones finas; la estatura media de los hombres pasaba poco de 1,5 ms.». El resto de las elucubraciones de Don William incluye perlas que complementan esa joya conceptual y descriptiva de «mediterráneo primitivo típico»: aduciendo sin aparente motivo esqueletos de épocas anteriores y posteriores a los natufienses (en todo caso sin relación alguna con éstos), nos aclara que «parece que este pueblo pertenecía al tronco ancestral camitosemítico, que todavía no se había diferenciado en grupos lingüísticos y nacionales como habría de diferenciarse más tarde. El único cambio físico importante fue la estatura»⁸. No faltaría más.

Aliviados con la seguridad de no tener que hablar en varios idiomas con nuestro natufiense ni tener que pedirle el pasaporte, pero inquietos por su fragilidad y baja estatura e insatisfechos por nuestra incapacidad de visualizar a un «mediterráneo primitivo típico» perteneciente al «tronco camitosemítico», ancestral por más señas, seguiremos buscando su imagen. No faltan en los cuidadosos informes de excavaciones estudios antropométricos de los múltiples restos humanos encontrados en los enterramientos natufienses. Tal ocurre en cuanto al propio yacimiento de Eynan, en el que probablemente Albright no supo encontrar las páginas referentes a los adultos. Resulta que esos 1,5 ms. de estatura se refieren a algunos niños. Los hombres y mujeres natufienses eran bien distintos, según el propio excavador del yacimiento, J. Perrot: «Los natufienses de Eynan eran altos, con un promedio de 1,74 m. los hombres y de 1,62 m. las mujeres. Sus esqueletos

⁸ W.F. Albright, *Arqueología de Palestina* (trad. de D. Romano), Barcelona, 1962, pp. 61-62.

son notablemente robustos, especialmente los hombres»⁹. Es la estructura esperable en un bien alimentado y bien ejercitado ser humano, y es con pocas variaciones la que se encuentra en el resto de los yacimientos natufienses.

En cuanto a sus facciones, tampoco faltan aproximaciones bien documentadas ¹⁰ que le describen como dolicocefalo, con una frente de amplitud media, cara ancha, órbitas oculares grandes y separadas por un amplio espacio interorbitario, nariz de saliente moderado, pómulos proyectados lateral y ligeramente hacia delante y mandíbula ancha y cuadrada.

Pero el propio Juan Natufiense nos ha dejado un retrato suyo, aunque no sea plenamente satisfactorio. Entre las representaciones de la figura humana, mucho menos frecuente en el arte mueble natufiense que la de los animales, es factible un inventario de las más notables: además de una figurilla sin cabeza con una banda ancha de ocre en un lado del cuerpo y de una figura esquemática formada por siete guijarros ovales, el yacimiento de Eynan ha proporcionado también una cara grabada en un guijarro; pero salvo la nariz y la forma de la parte baja de la cara, que coincide con las descripciones antropométricas, el resto exige un gran esfuerzo de imaginación. Más expresiva es una figurilla de Ein Sakri que representa con absoluta evidencia una pareja durante el acto sexual; la escena se repite en un grabado en Kilwa, al sur de Transjordania. Pero en ambos casos no son precisamente las caras de los participantes lo que podemos observar.

El autorretrato de Juan Natufiense a que nos referíamos no surge de las piezas mencionadas. La imagen más clara es la de una piedrecilla de 3,8 cms. de la cueva de el-Wad: es una cabeza humana esculpida en bulto redondo, con grandes ojos ovoides un poco separados, una nariz moderadamente ancha y saliente y mandíbula baja y cuadrada. Todo ello coincide con las descripciones de los antropólogos. Juan Natufiense es probablemente lo que Barrois llamaba un «negroide» de grandes ojos y cara amplia y ancha ¹¹. Además, no es un invasor ni un inmigrante, sino el resultado de una larga evolución del hombre que desde el Paleolítico Medio habitaba la zona meridional del Próximo Oriente.

Una vez presentado el hombre, vamos a referirnos a su aliado el animal.

En el arte plástico de la cultura natufiense los animales son el tema más común, expresando una fina observación de la naturaleza y reflejando la coexistencia del hombre y el animal. De la misma forma que en los estudios paleozoológicos correspondientes destaca la proporción altísima de gacelas, el arte es coherente con

⁹ J. Perrot, "Eynan", *New Enciclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, vol. 2, p. 392; un más detallado estudio en *Les hommes de Mallaha (Eynan), Israel*, 1-2, Mémoires et Travaux du Centre de Recherches Français de Jérusalem 6, Paris, 1988.

¹⁰ Así el excelente artículo, con síntesis de datos y estado de la cuestión, de D. Ferembach, "Les Natoufiens de Palestine", *Eretz Israel* 13 (1977) pp. 241-252.

¹¹ Esta cabeza está reproducida, junto con la figurilla erótica de Ein Sakri, en una excelente publicación afortunadamente bien difundida, el *Atlas de la Biblia*, Barcelona, 1992 (2ª ed.), (pp. 24-25), traducción del clásico actualizado *The Times Atlas of the Bible*, Oxford, 1991.

esa realidad y la gacela es protagonista en los objetos artísticos como lo era en la propia vida de Juan Natufiense. No es difícil escoger entre el repertorio actual del arte mueble natufiense unas pocas obras maestras: una empuñadura de hoz, una hoz completa y una pequeña escultura. Las tres se incorporan de pleno derecho a la historia del arte, y las tres expresan la especialísima relación, única e irrepetida, entre Juan Natufiense y la gacela.

I. *Empuñadura de hoz*

La pieza que se ofrece en la *figura 1* es un fragmento de hoz, más concretamente su empuñadura ¹². Está representada a un tamaño ligeramente mayor que el natural (10,5 cms.) y procede de la cueva de HaNahal (el-Wad) ¹³.

En la cara occidental del Monte Carmelo, frente al mar, donde el Nahal Hamearot (Wadí Mugara o «arroyo de las cuevas») se encuentra con la llanura costera, hay tres cuevas de formación kárstica: HaTannur (et-Tabun), HaNahal (el-Wad) y HaGedi (es-Sukhul). Ricas en enterramientos, instrumentos, restos faunísticos y objetos artísticos, estas cuevas proporcionaron una casi completa secuencia prehistórica. En HaNahal está documentada la transición del Paleolítico Superior a los primeros niveles natufienses. La casualidad, aliada de la arqueología, hizo que en 1928 (en pleno Mandato Británico), durante una exploración en HaNahal en busca de canteras de piedra para la construcción del puerto de Haifa, se encontrara esta magnífica talla. Las posteriores excavaciones a gran escala revelaron un grupo de enterramientos del natufiense antiguo bajo el lugar en que la figurilla animal fue encontrada.

La figura está casi completa y fue tallada a partir de un hueso largo, que fue escindido en dos, incluyendo la juntura. Empleando las protuberancias naturales de la articulación del hueso, el artista natufiense utilizó la parte superior para ejecutar la cabeza en tres dimensiones y la parte inferior para tallar el cuerpo y las patas en lo que podríamos llamar bajorrelieve. Después de tallada, toda la superficie fue cuidadosamente alisada y pulida.

II. *Hoz de hueso*

Encontrada hace casi sesenta años en la cueva de Kebara, la pieza representada en la *figura 2* es hasta ahora el ejemplo más completo de una hoz de hueso con un animal en el extremo ¹⁴. Mide 30,8 cms. de largo y 5 cms. en la parte

¹² Número de registro en el Israel Department of Antiquities and Museums (en adelante I.D.A.M.) I.1727.

¹³ Publicada por primera vez por D.A.Garrod & D.M.Bate, *The Stone Age of Mount Carmel*, I, Oxford, 1937, pp. 38-39, pl. XIII,3; *vid.* también J.Cauvin, *Réligions néolithiques de Syro-Palestine*, París, 1972, pp. 19-31. Una buena foto en blanco y negro en T.Noy, *Highlights from the Israel Museum*, pp. 18-19; magnífica foto en color en T.Noy, "The Natufian Culture", *Treasures of the Holy Land*, New York, 1986, pp. 36-37.

¹⁴ I.D.A.M. I.10700

más ancha ¹⁵. En la misma cueva fue encontrada más tarde otra hoz casi completa junto con fragmentos de una cabeza que probablemente formaba parte también de la empuñadura.

Este mango de hoz está formado a partir de un hueso largo, del que el artista usó la parte de la coyuntura para tallar la cabeza de animal. El otro extremo termina prácticamente en punta. El hueso no es simétrico en sección: el lado interior es plano, indicando que fue longitudinalmente cortado en dos. Tras su tallado, fue alisado y pulido. En la hoquedad con sección en uve en la parte baja interior de la hoz estarían insertados los microlitos de sílex que constituían el filo, sujetos al mango no sólo por presión sino también con asfalto, bitumen o resina. De ello hay abundantes ejemplos en hoces fragmentarias.

La cabeza del animal está realizada en bulto redondo. Los ojos están formados por proyecciones ovales y son muy evidentes. Cerca de uno de los ojos hay una protuberancia que probablemente representa una oreja. Lo que parece ser un penacho, en la parte trasera de la cabeza, son en realidad los cuernos, que el artista no sabe o no puede representar exentos. No hay detalles que representen el cuerpo.

Cerca de la parte final de la hoz hay una importante protuberancia prácticamente esférica. En algunos otros ejemplares conocidos aparecen similares o menores protuberancias. Para algunos podría representar el órgano sexual masculino del animal. Para otros debió tener algún motivo funcional o simbólico. Estos últimos están en mi opinión más encaminados, sobre todo si se añade el calificativo «ignorado». Esa especie de esfera no se parece en absoluto al órgano sexual de una gacela macho, y el artista, que en este caso se permite una esquematización no exenta de naturalismo, conoce perfectamente al animal que quiere representar.

III. *Figura de gacela*

Esta pieza está representada en la parte inferior de las figuras 4 y 5. Mide 7,2 cms. de alto por 14,9 cms. de largo ¹⁶. Está considerada como uno de los más bellos exponentes del arte prehistórico, no sólo del natufiense. Sorprende el sentido de las proporciones que muestra el artista, y que se corresponde con un gran sentido de la observación.

La figurilla fue encontrada en los años treinta en una cueva del desierto de Judea (Umm ez-Zuweitina) ¹⁷. Está tallada en una pieza de dura piedra caliza gris con un buril de sílex cuyas huellas son visibles. Tras su esculpido fue pulida, y se observan restos de ocre rojo que pudo haberla recubierto por entero. Desgraciadamente falta la cabeza. Una figurilla en actitud similar, algo posterior y no tan hermosa, se conoce también en Tel Bouqras (Siria).

¹⁵ F.Turville-Petre, "Excavations in the Mugaret el-Kebara", *Journal of the Royal Anthropological Institute* 62 (1932) pp. 270-276; M.Stekelis, "Late Mesolithic Art of Eretz Israel". *Eretz Israel* 6 (1960) p. 27; T. Noy, *op.cit.*, p. 38.

¹⁶ I.D.A.M. 33.3498

¹⁷ Publicada por R.Neuville, "Le Préhistorique de Palestine", *Révue Biblique* 43 (1934) pl. XXI. Buena foto en color en T. Noy, *Op.cit.*, pág. 39.

De estas tres obras maestras se han hecho comentarios y descripciones innúmeras, con frecuentes inexactitudes que conviene corregir, sobre todo respecto de la primera que hemos presentado. Los errores interpretativos proceden de los prehistoriadores británicos, y en algunos puntos son arrastrados sin crítica a las descripciones de autores actuales, que no tienen ya excusa. Los ingleses -prehistoriadores incluidos- no suelen concebir otra fauna que no sea la que puebla los bosques de Gran Bretaña, y describieron al animal como un «cervatillo». (En las traducciones inglesas de la Biblia no hay una sola gacela, pero están llenas de animales y vegetales que nunca crecieron en la llamada Tierra Santa). Con los natufienses convivieron, desde luego, diversas especies de rumiantes: varios tipos de ciervo, gamo, cabra salvaje, íbices, bóvidos, etc. Pero la gacela representa un promedio del 60% de la fauna analizada en el mesolítico. Ninguno de los otros rumiantes era mínimamente significativo para Juan Natufiense. ¿Por qué habría de representar sobre algo tan importante como la hoz un animal anecdótico para él?

En otras descripciones se argumenta la ternura del cuerpecillo y la gracilidad que aparenta para señalar, categóricamente, que se trata de un animal joven. En posición de mamar, además, por eso tiene la cabeza hacia arriba. En algún caso se describen las protuberancias sobre los ojos como cuernos, de los que uno está roto. Nos quedaba mencionar las rayas grabadas horizontalmente en las patas, representando sin duda las articulaciones, que no están claras para todos.

Todo ello no pasaría del terreno de la anécdota, si no fuera porque a veces se trata de publicaciones de amplia difusión y de autores muy estimados, con razón o sin ella. Y, sobre todo, porque en mi opinión desvirtúan el verdadero significado de este arte mueble. Ante la menor duda de sus conocimientos sobre alguna materia, el científico debería acudir a las fuentes adecuadas y a los especialistas; o abstenerse de pontificar, que es sana medida. Ambas cosas son desafortunadamente poco frecuentes.

La mejor fuente para la identificación y comprensión del animal representado en las tres obras de arte que hemos escogido sería el propio Juan Natufiense. ¿Podríamos hacer un ejercicio de humildad y de imaginación, y simplemente mirar con los ojos de Juan? Lo que parece una entelequia es bien posible. Contamos con datos fiables y estudios paleozoológicos serios, que sin lugar a dudas señalan el peso específico de la gacela en la vida de aquel hombre. En algunas publicaciones se dice, además, que los natufienses «preferían» la gacela. Habría de corregirse la expresión: no es que la prefirieran sino que era la especie más abundante. Tal vez era la gacela la que elegía al hombre, como mal menor. Busquemos, pues, la gacela, y mirémosla. Sin duda no tenemos los ojos tan avezados a su observación como Juan Natufiense, y además alguien podría objetar que el mundo del mesolítico dista trece mil años del presente.

Pero la gacela es la misma.

Es indudable que el conservacionismo y el regeneracionismo ecologista tienen múltiples virtudes, que debe aprovechar también el arqueólogo. La protección y restauración del mundo natural tiene además en el país de la Biblia unas motivaciones muy profundas: reponer en la medida de lo posible y con el mayor

rigor científico el escenario y el entorno natural del Libro ¹⁸. Varias disciplinas científicas se afanan en la identificación de los animales y plantas mencionados en la Biblia. Por lo que se refiere al mundo animal, tres son los casos principales: especies completamente extinguidas; especies extinguidas en Israel pero existentes en otras partes del mundo; por último, especies supervivientes ¹⁹.

En el primer caso se trata de identificar la especie más parecida a la extinta y procurar su adaptación. A título de ejemplo, el avestruz nativo de Tierra Santa (el *strutio camelus syriacus*) se extinguió por completo y el último ejemplar fue abatido -y comido- en el desierto arábigo durante la II guerra mundial. Los conservacionistas han reemplazado esta raza por la muy próxima del *strutio camelus ethiopus*, que se ha adaptado bien en las reservas naturales y ecosistemas locales.

El ejemplo para el segundo caso tiene que ver con nuestra gacela. Ya nos hemos referido a la variedad de rumiantes que convivieron con el hombre natufiense, muchos de los cuales continuaron ocupando el país de la Biblia hasta hace poco tiempo, y cómo de los rumiantes el más numeroso con mucha diferencia era la gacela. Pero también de la gacela se registran subespecies, como la *dama dama mesopotamica*; una rara criatura que sólo se encontraba en estado salvaje en contadas zonas de Irán. El último vuelo de la compañía aérea El Al que salió de Teherán en diciembre de 1978, poco antes de la caída del Shah, traía ocho ejemplares vivos y sanos de la *dama*, cuyos descendientes viven en una reserva natural del Monte Carmelo.

En el tercer caso, el de las especies animales supervivientes, la nómina es muy amplia. Nadie ha tenido que importar escorpiones, serpientes, ratones, etc. Pero tampoco ha tenido que importar algunos rumiantes, como el altivo *ibex*, ni depredadores como zorros, chacales y hienas. Ni gacelas: la *gazella dorcas* y su próxima pariente la *gazella gazella* permanecieron en la zona sur del Mediterráneo oriental desde la prehistoria hasta nuestros días. Oscilaciones climáticas, guerras antiguas y modernas, desolaciones varias, asfaltos actuales, nada desterró del todo a la gacela nativa ni a sus depredadores.

El secreto de su abundancia en tiempos de Juan Natufiense y de su asombrosa supervivencia reside en su completa adaptación al ecosistema, aun variable, de la llamada Tierra Santa. Algunas características morfológicas de la gacela, ese delicado animal, le hacen especialmente resistente. Por ejemplo, su menuda pezuña es inatacable por la mordedura de serpiente (*vipera palestina*), a cuyo veneno es además prácticamente inmune. Otra muestra: aunque la gacela se reproduce en cautividad, su parto se ha considerado siempre muy difícil, por su esbeltez y por el considerable tamaño de su cría. Esto es así también en su estado salvaje, pero la gacela sale casi siempre airosa del duro trance. En la literatura

¹⁸ Los principios que informan el conservacionismo naturalista israelí están enraizados en la Biblia y en la literatura tradicional judía. Una síntesis en Y.Orr - Y. Spanier, "Traditional Jewish attitudes towards plant and animal conservation", *Israel Land & Nature*, 14 (1989) pp. 132-136.

¹⁹ Una atractiva exposición de estos temas en B.Clark, "Animals of the Bible: Living Links to Antiquity", *Biblical Archaeological Review*, 7 (1981) pp. 22-35.

rabínica medieval se recogen informaciones como ésta: «El cuerpo de la gacela es esbelto, y tiene gran dificultad para parir. ¿Qué hace entonces el Creador? Llama a una serpiente, que envenena a la gacela lo bastante para relajar todo su cuerpo. ¿Qué hace el Creador después de que la gacela ha parido? Le proporciona una hierba que ella come; eso ayuda a la gacela a reponerse del parto ²⁰». Es muy posible que esta descripción corresponda a la realidad: la gacela elige para parir lugares angostos y aislados, a veces entre las ruinas arqueológicas, donde anidan con frecuencia serpientes. Pero lo que está bien contrastado es que, en efecto, come un tipo especial de hierba tras el parto. Eso parece reponerla bastante para realizar dos posibles esfuerzos adicionales: en primer lugar, la rápida limpieza de los restos de placenta sobre su cría, para impedir que predadores terrestres o alados acudan al olor, y la inmediata huída del lugar del parto con su proporcionalmente robusto hijo. En segundo lugar, si lo primero no le es posible a tiempo por la presencia repentina de algún extraño, la habitualmente medrosa gacela -que prefiere esconderse a huir- sale corriendo heroicamente para alejar la atención de su recién nacido.

Por éstas y otras razones del mismo orden, la gacela que podemos hoy observar en algunas zonas de Israel en estado natural es, sin duda alguna, la misma que convivió con Juan Natufiense, la que bebía las mismas aguas y comía los mismos cereales. La misma gacela que parecía temer menos a Juan que a otros predadores. Quizás el natufiense los espantaba con sus fuegos, y por otra parte Juan sólo cazaba algunos miembros del grupo. Nunca gacelas hembras preñadas ni pequeños gacelitos. Quién sabe si alguna vez, escondido y paciente entre la vegetación, ayudó a la gacela en trance de parir ahuyentando a los intrusos.

Volviendo a nuestras pequeñas -en tamaño- obras de arte, la observación de la gacela y la comparación con los animales esculpidos repone con facilidad su verdadera imagen y significado. En la parte superior de la *figura 3* reproducimos la cabeza de la empuñadura de hoz de la *figura 1*, vista desde arriba. Lo que primero destaca son sus ojos, el más inolvidable rasgo físico de la gacela: ojos grandes, inteligentes, dulces, que ningún otro cévido posee. Luego, los delicados volúmenes de la cabeza, tan exacta y amorosamente reproducidos por el artista natufiense. Los bultos puntiagudos sobre los ojos tratan de representar las orejas, en la medida en que lo permite el material sobre el que se talla. En cualquier caso no son los cuernos. (Si lo fueran ¿cómo se puede pretender al mismo tiempo que se trate de un «cervatillo mamando»? A no ser que los cervatillos británicos nazcan con cuernos, extremo que ignoramos y que deseamos por el bien de las ciervas parturientas que no sea cierto). Los cuernos faltan por entero, como vemos por la huella de la fractura en lo alto de la cabeza. El artista natufiense no había dado aún con el recurso técnico para representar la airosa cornamenta de la gacela; esa parte del animal, lo mismo que sus aladas orejas, siempre fueron un desafío técnico para el escultor. En la parte inferior de la *figura 3* presentamos la solución que dieron miles de años después los artistas cananeos del Bronce Último -que por supuesto seguían viendo gacelas, aunque ya no fueran tan importantes en su vida-: se trata de dos cabezas de gacela (inconfundibles sus ojos) talladas en marfil, reproducidas a su tamaño natural, que

²⁰ *Yalkut Sim'oni*, t. II, Jerusalem, 1944, Salmos 104, n. 862, p. 952 (en hebreo). Debo la localización y traducción de este pasaje al Prof. Luis Girón Blanc.

sirvieron de tapón a algún ungüentario ²¹. En los huecos que se aprecian en la parte superior y lateral de la cabeza están insertos -realizados probablemente en otro material- los cuernos y las orejas.

El escultor natufiense intentó la reproducción de los cuernos en la cabeza de la hoz de la *figura 2*. Tanto en este caso como en la talla de la *figura 1* sin duda no quedaría satisfecho. Estaba forzado por el material en que trabajaba. Cuando es el artista el que elige libremente, las proporciones y volúmenes del cuerpo de la gacela son exactos. En la parte superior de la *figura 4* presentamos una gacela limpiando a su cría tras el parto; su vientre aún no se ha contraído totalmente. En la parte superior de la *figura 5*, una joven gacela preñada bebe mientras un macho joven vigila. En ambos casos, la figurilla de Umm ez-Zuweitina sale airosa de la comparación por uno y otro lado. Lástima que le falte la cabeza; nunca sabremos cómo solucionó el problema plástico el escultor.

El artista natufiense reproduce con veneración aquello que sin duda respeta desde su fe ecológica: gacelas hembras preñadas. El seguro de su alimentación y la de su familia, junto con los cereales que siega con su preciada hoz. En mi opinión, esas hoces talladas no son hoces corrientes, sino ceremoniales. Cúlticas, si se quiere. Formarían parte de un ritual, serían tal vez el signo distintivo del encargado por la comunidad de dirigir la siega. Sea como fuere, son objetos estimadísimos. No creo que sea adecuado hablar de magia simpática en ese tipo de ritual: la hoz la fabrica el propio oficiante, y la gacela es tan omnipresente que no requiere una invocación especial. Tal vez en una civilización tan alejada como la japonesa se entendieran bien los principios de ese aspecto del culto natufiense. Una vez al año se celebra en Japón una fiesta en honor de los útiles de trabajo. Las mecanógrafas adornan sus máquinas, las telefonistas sus centralitas y auriculares, los agricultores saludan a sus campos y a sus herramientas. Quizás Juan Natufiense hacía algo similar con su hoz, una especie de culto gratulatorio.

Pero Juan Natufiense se fue para siempre, y con él su forma de vida. No nos explicará más acerca de su religión. Muchas otras cosas seguiremos ignorando de los natufienses, entre ellas las causas exactas de su desaparición. Se ha hablado, no sin fundamento, de invasores, cambios climáticos, y otros motivos, incluido el aparentemente positivo descubrimiento de la siembra. El hombre debió cercar sus campos, que tanto le costaba hacer producir, y dejó de compartírselos con la gacela, cuya caza descuidó. Los descendientes de Juan Natufiense no fueron ya libres como él, sino que quedaron atados a sus poblados.

No tendremos respuesta satisfactoria ni sabremos bien en qué rituales empleaba sus hoces ceremoniales, decoradas con la gacela que convivió con él más de dos mil años. Esa gacela que busca a Juan Natufiense pese a las cercas y a las carreteras y que se sigue dejando ver por ojos que sepan mirar y asombrarse de su belleza. Todas las respuestas a cuanto ignoramos sobre aquel hombre del mesolítico están en un archivo secreto cuyo código no podremos descifrar: están en los ojos de la gacela.

²¹ I.D.A.M. 34.7702 y 34.7703.

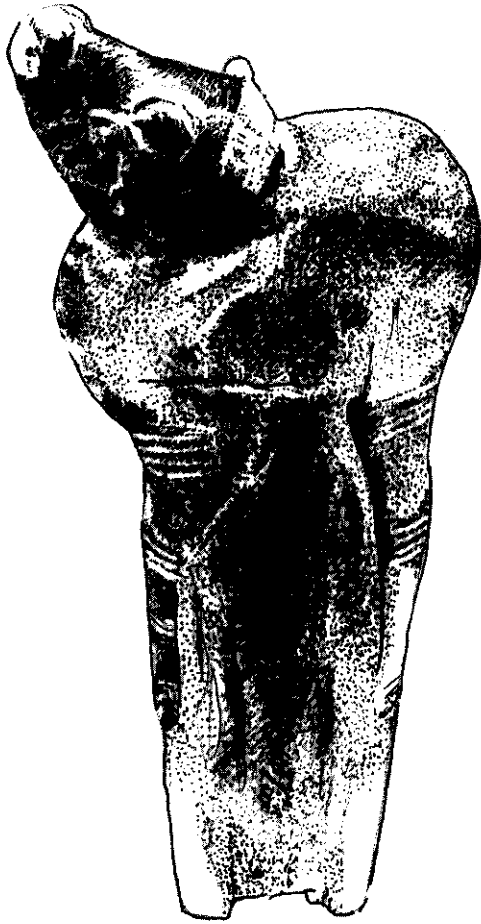


figura 1

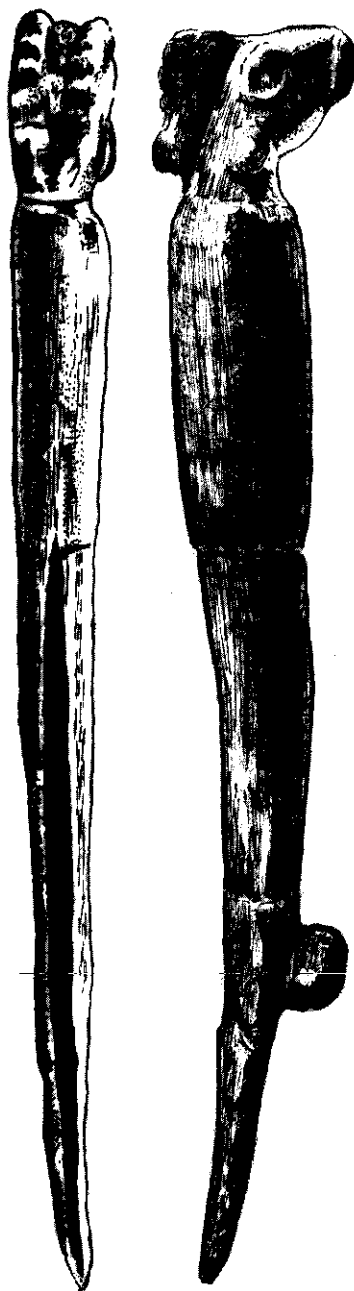
*figura 2*



figura 3



figura 4



figura 5